

Dicen: «Estás enfermo, así que lo que crees que es real no es sino fantasía». Pero eso no tiene una lógica estricta. Estoy de acuerdo con que los fantasmas sólo se aparecen a los enfermos, pero eso sólo demuestra que únicamente son capaces de aparecerse a ellos, no que no existan.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

El universo hace de Dios.

MICKY DOLENZ

Este libro está basado en un diario que empecé a escribir a los dieciocho años. No sé por qué lo he conservado tanto tiempo; al leerlo he sentido una mezcla de nostalgia y náusea bastante desagradable. Lo sostenía con los brazos bien estirados, como uno sostiene al primer pez que ha pescado en su vida (toda una proeza... ¡pero una pestilente proeza!). Lo que me ha parecido más chocante es que ya entonces, siendo aún una adolescente, pusiera tanto empeño en conciliar la música y el arte, una tarea de mil demonios. Si los estadounidenses pensarán que la música y el arte debieran ir de la mano nunca habrían inventado los Grammy.

Supongo que el diario me servía de amuleto contra la mala suerte –decidida como estaba a que la historia no se repitiese–. Reconozcámoslo, era un libro raro, costaba ponerse a leer todo aquello; estaba lleno de lagunas, y se iba diluyendo tanto que uno podía advertir a su autora ahogándose

justo ahí, en ese preciso instante. Cada una de sus páginas resultaba tan intrincada como el mecanismo de encaramarse a una ventana: primero debes ponerte de pie con cuidado, luego desviar un poco la mirada y, finalmente, intentar buscar un punto desde el que orientarte.

El diario abarca un año entero, de una primavera a otra.

Me sentía horriblemente joven durante aquella primera primavera, y algo menos en la segunda, aunque en mi opinión, aquel no fue un año particularmente provechoso. En cambio sí fue el inicio de otras muchas cosas, lo que supongo que tiene su importancia. También se trata de un año que he intentado olvidar durante mucho tiempo, así que seguro que valdrá la pena volver a enfrentarse a todos esos recuerdos. Varios de ellos ya ni los tenía presentes, apenas los he reconocido por las anotaciones del diario. La verdad es que estoy muy cómoda sin tener que acordarme de todo aquello: mis historias, como las de tantos otros, pueden llegar a ser muy turbias.

Las canciones también ayudan. No se ciñen a una línea temporal: revolotean alrededor de todos tus recuerdos, fijándolos en lo que al principio parece un conglomerado bobo y sin ton ni son que sin embargo poco a poco va adquiriendo su sentido en torno a la música. Las canciones son raras, hablan del futuro y del pasado, pero no parecen discernir la diferencia entre ambos; así que he decidido insertar entre el texto algunas de las letras de mis canciones, en concreto aquellas que me parecían que ilustraban más fielmente tanto un instante como su resonancia.

A veces me he dicho: «Nunca pintaré un cuadro, ni bailaré, ni escribiré un libro». O también: «No me interesa ese rollo de publicar mi diario». Y aún hoy sigo diciendo cosas por el estilo. Con ello quiero dejar claro que pese a que me dedico a la música no soy una persona especialmente creativa, ni estoy interesada en la autoexpresión. No quiero que la gen-

te al escuchar mis canciones piensen en mí. Eso sería atroz.

En todo caso, he escrito este *libro* basándome en esas *páginas de mi diario*, mejor eso que tener que transcribirlas sin más, lo que me parecería un ejercicio muy poco creativo. Y como todo esto sucedió hace ya veinticinco años, no creo que pueda considerarse una historia sobre *mí*: esa chica ya no soy yo. Esa chica ya es sólo su relato.

Curiosamente, acaba siendo una historia de amor. De esas sin romance: pasión y nada más. pasión por los reptiles, por las ancianas, por las guitarras, por una furgoneta, por el agua, por el clima, por los amigos, los colores, los acordes, los niños, por la banda, por los peces, las luces y las sombras.

Este libro está dedicado a mis amigos Betty y Mark. Los dos murieron mientras lo escribía. Sólo puedo decir que todas las chifladuras que me contó la vieja Betty Hutton eran ciertas. Y cuanto más extraviadas parecían, más lo acababan siendo. Acertó incluso en lo de que «Throwing Muses» tenía demasiadas sílabas.

Betty me enseñó que nunca se puede decir del todo la verdad; no siempre resulta pertinente ni agradable. Hay que dejar ciertas cosas atrás para poder contar tu *relato*.

La gente podría perderse en el *cómo sellame eso*... lo esencial. Su relato estaba lleno de esas pequeñas y brillantes fisuras que permiten a lo esencial mostrarse en todo su esplendor.

Como sea, ésta es la historia de mi viejo diario, masacrada a base de enormes fisuras y verdades.

Con amor,

KRISTIN